



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

A-4

22

B. P. A. G.

GOMEZ
ARIAS

3

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-4

Tabl.

1

N.º

222



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



ra y Generalife

No; no vivirá (grito del fingido religioso) el puñal estaba envenenado.

Gomez Arias,

á los Moros

DE LAS ALPUJARRAS.

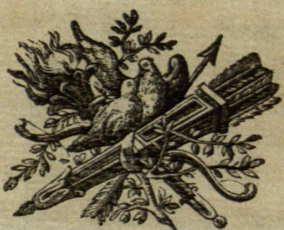
NOVELA HISTÓRICA,

escrita originalmente en inglés por el español

Don Telesforo Trueba y Cosío,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO,
POR

D. Mariano Torrente,



TOMO III.

MADRID: ABRIL, 1831.

Oficina de Moreno, PLAZUELA DE AFLIGIDOS.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Deposito de D. Conde de...
de la Alhambra...

CONSEJERIA DE CULTURA

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est.

A-4

Tabl.

1

N.º

222



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Gomez Arias,

á los Moros

DE LAS ALPUJARRAS.

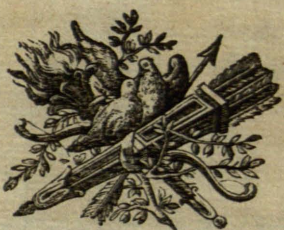
NOVELA HISTÓRICA,

escrita originalmente en inglés por el español

Don Telesforo Trueba y Cosío,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO,
POR

D. Mariano Torrente,



TOMO III.

MADRID: ABRIL, 1831.

Oficina de Moreno, PLAZUELA DE AFLIGIDOS.

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Deposito de D. Conde de...
de la Alhambra...

CONSEJERIA DE CULTURA

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

GOMEZ ARIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Gomez Arias se entrega á sus locas esperanzas. Se presenta á don Alonso i á Leonor; pero es mal recibido por ambos por sospechas de que hubiera tenido parte en la fuga de Teodora. Suspension de la boda por solicitud de Leonor; altivez de Gomez Arias i sus aparentes celos de don Antonio de Leiva.

Los patéticos lamentos de Teodora resonaban todavia ominosamente en los oidos de Gomez Arias; pero como ya se acercaba á Grannada,

i divisaba sus sobervios edificios, volvió de nuevo á deslumbrarse con la ambicion i con las brillantes imágenes que fueron disipando las negras nubes que ofuscaban su ánimo. Los elevados torreones de la Alhambra que parecia iban adquiriendo mayor estension á medida que se acercaba á ellos, le escitaron las ideas mas encantadoras: engreido con la consideracion que merecia de la augusta Soberrana, i con el distinguido enlace que estaba para formar, anticipaba los mayores progresos en su carrera: la única voz del remordimiento que le acusaba de crueldad é ingratitude iba enmudeciendo con el rico premio que le prometia su futuro silencio.

Se regocijaba secretamente por la destreza con que habia sabido salir de todos sus apuros, i asimismo por haberse desembarazado de Roque, que era el único testigo de su crimen. Esperaba por otra parte que algun moro desalmado, poco satisfecho de las chocarrerias de su escudero, curaria con algunas puñaladas la maldita propension de su lengua.

Con respecto á Teodora, no tenia don Lope el menor recelo de que pudiera fugarse porque se hallaba bajo la tutela de quien parecia estar ciegamente prendado de sus atractivos. En el entretanto confiaba que su boda habia de celebrarse sin tropiezo quedando cumplidos todos sus deseos, i que si sucesivamente sobrevenia algun reves en medio de su brillante carrera tendria los medios de ocultar lo pasado i de abrirse camino para lo futuro.

Con tan halagüeños cálculos llegó Gomez Arias á Granada, i esperó con impaciencia la suspirada mañana que habia de poner fin á sus temores i coronar sus ardientes votos; se dirigió por lo tanto mui temprano á la casa de Aguilar sin mudarse de vestido, i llevando en su aspecto todo el desaliño de un precipitado viage. Halló á don Alonso en el aposento de Leonor; pero la bienvenida que mereció de ambos no era por cierto correspondiente al interés que debia prometerse de una novia enamorada i de un segundo padre engreido con tan lisonjero dictado; notó en

su vez una suma frialdad; mas no por eso dejó de sostener la altivez de su carácter. Haciendo, pues, como que no habia reparado en su áspero recibimiento, se dirigió á Leonor con aire alegre i jovial.

Mi querida Leonor, la dijo, impaciente por venir á ponerme á vuestros pies, tal vez habré incurrido en alguna falta de decencia en mi traje; mas espero que me perdonareis en consideracion á.....

¡Oh don Lope! le interrumpió Leonor sardónicamente; yo os lo perdono todo, porque de poco tiempo á esta parte me he vuelto tan indulgente, que me parece podré disimular ofensas mucho mas graves que las de educacion.

Jamas he dudado de vuestra bondad; pero me parece que estais inquieta; ¿os hallais acaso indispuesta? tambien el noble don Alonso! ¿Ha ocurrido alguna novedad durante mi corta ausencia que haya podido trastornaros?

Nada por cierto, respondió Leonor con

frialdad; pero seguramente, don Lope, añadió con ironía, vuestra repentina marcha y las invitaciones de nuestro comun amigo el conde de Ureña han debido ponernos en alguna ansiedad: otras pequeñas circunstancias han contribuido asimismo á aumentarla, aunque momentáneamente.

No debéis estar con cuidado por lo que respecta á nuestro amigo Ureña, pues tengo la satisfacción de poderos decir que se halla ya mucho más aliviado.

Ha sucedido lo que yo recelaba, dijo Aguilar; y levantándose de su asiento con el mas irritante desagrado, salió bruscamente de la habitación. Gomez Arias quedó desconcertado con tan extraño proceder; pero volviendo luego de su sorpresa, dijo en aire picado ¿que significa esto, Leonor? ¿por qué se me trata de este modo?

La enfermedad de vuestro amigo, contesto Leonor, os ha afectado seguramente don Lope: bien sabéis que no tenemos derecho

para inetervenir en las acciones de mi padre, especialmente: habiendo ocurrido, segun vos llevo dicho, algunos disgustos que han irritado su ánimo.

¿I qué disgustos son esos, en nombre del cielo?

¿Ignorais lo que ha sucedido desde que tan imperiosamente fuisteis citado para asistir á vuestro amigg?

Lo ignoro todo absolutamente.

Leonor miró fijamente á don Lope, i haciendo una señal de impaciencia que no pudo contener, prosiguió » mucho extraño que el conde no os haya informado.

¿De qué? la interrumpió Gomez Arias admirado: en nombre del cielo, explicaos, Leonor.

¿No os parece, continuó ella con afectada burla, que era una solemne ridiculez en un hombre tan grave i circunspecto como el conde emplearse en tan necias travesuras?

¿Creereis que á poco tiempo de haberos mar-

chado llegó un espreso del mismo anunciando su intencion de sorprenderos con su asistencia á la boda? La conducta del conde es estraña por cierto, replicó Gomez Arias con fuertes señales de turbacion; no puedo yo concebir qué objeto se propusiera con dar bromas tan pesadas; pero de todos modos no veo porque habian éstas de atraerme el ceño de vuestro noble padre.

No sois, don Lopé, tan novicio en el conocimiento del mundo que debais estrañar que el desagrado de un hombre se haya de limitar siempre al objeto que lo ha producido. Don Alonso tiene ademas otros motivos de desazon; nuestra hermosa huéspedea que tanto le interesaba se ha fugado.

¿Qué hermosa huéspedea? preguntó Gomez Arias con fingida curiosidad.

¿Nunca habeis oido hablar de ella?

Si lo he oido, en verdad que no me acuerdo; no me acordara yo de ella si no me acordara.

¿I qué se ha hecho de Roque? No os a-

compañó en vuestro viage? ¿Está malo? Ciertamente su salud es bastante delicada; i tantas veces me habia rogado le permitiese retirarse á Toledo, en donde creo tiene un hermano ú hermana, que me ví finalmente precisado á condescender con sus deseos, lo que en verdad hice con gusto, porque del poco tiempo á esta parte se habia vuelto tan descuidado i petulante que ya me era incómoda su compañía.

Como es posible, don Lope, que haya tratado de dejar vuestro servicio cabalmente en la víspera de vuestra boda? Há debido sorprenderos sobre manera esta resolución; pues todavía os admiraríais mas si yo os dijera que este mismo Roque es el que se ha escapado con nuestra huésped don^a Teodora de Montblanco.

Es imposible, exclamó D. Lope con la mayor turbación.

Nuestro viejo jardinero Repollo los ha visto salir de palacio; i movido por un impulso de curiosidad los ha seguido á alguna dis-

tancia en cuanto se lo ha permitido la precipitacion con que aquellos caminaban. Los vió finalmente hacer alto en la alameda en donde habia otra persona que los esperaba con caballos; pero la parte mas rara de este cuento es que el jardinero diga que la citada persona que con tanto esmero i cuidado estaba aguardando á los fugitivos, tenia una semejanza tan exacta con don Lope, que juraria era el mismo sino supiera de cierto que habiais salido por la mañana para la quinta del conde de Ureña.

Por imperturbable que hubiera sido en todo tiempo la presencia de ánimo de don Lope, i por preparado que estuviera para toda clase de tropiezos, esta última noticia llegó á descomponerle; cuya circunstancia no dejó de ser reparada por la aguda i sagaz penetracion de Leonor.

¡Insolente bribon! exclamó Gomez Arias despues de un corto silencio; hé aquí porque tenia tanta ansiedad de dejarme; mas ya es lo he dicho que desde algun tiempo se habia

vuelto impertinente i arrogante : la razon está bien clara ; pero en fin vuestra hermosa huéspedea , segun habeis querido llamarla , es altamente censurable. ¿Qué diablo ha podido inclinar á una muger de noble familia á escaparse con un miserable criado? ¿Tan falta estaba de honor i de vergüenza?

Asi lo supongo , replicó Leonor con ironía ; pero nada de esto extraño porque veo enteramente perdida la vergüenza en todos los que han manejado estos enredos ; fijó entonces una mirada significativa en Gomez Arias , quien átonito i penetrado de su peligrosa situacion no tuvo fuerza para rebatir la verdad de sus observaciones. Como Leonor deseaba saber á que grado llegaba la complicidad de D. Lope , prosiguió : Lo que yo mas extraño , es que el compañero de Roque se os pareciera tanto .

Mi querida Leonor , contestó Gomez Arias riendose fuertemente i afectando buen humor , es ciertamente una desgracia el que á uno se le compare con seres tan despreciables ; mas

nadie lo puede remediar: me atrevo sin embargo á asegurar que ese grandísimo bellaco no ha de tener tanta semejanza conmigo como quiere haceros creer vuestro estúpido jardinero. ¿Cómo pudo un vejestorio distinguir tan claramente los objetos de noche i á tanta distancia? parece mas probable que una abundante dosis de vino le trastornó de tal modo sus sentidos que habrá visto este estupendo suceso mientras que desollaba la zorra.

Poco á poco, señor Don Lope, replicó Leonor; no tenemos motivo alguno para dudar del testimonio de un criado honrado i fiel que no puede tener el menor interés en inventar chismes para engañar á su bienhechor.

Mui bien, será asi; no quiero prolongar mas tiempo la discusion sino para manifestar mi sentimiento de que hayais dispensado vuestro afecto á uno que tiene la desgracia de parecerse á un canalla; mas en medio de esto espero que no se disminuirá la tierna deferencia con que habeis querido honrarme, debiendo estar bien persuadida de que solo vi-

vo por vuestro amor. Iba entonces Gomez Arias á proferir las mas ardientes protestas de inalterable adhesion , cuando le interrumpió Leonor diciendo:.

No tomeis la molestia de pronunciar una sola palabra para convencerme de la sinceridad de vuestro afecto , ó para justificar vuestra conducta , porque me figuro seguramente quanto pudierais decirme.

No lo extraño , añadió Gomez Arias ; vuestro discernimiento es demasiado fino para dejar de percibir la agitacion que no me es fácil ocultar ; ni podéis menos de adivinar las espresiones que brotan espontáneamente de tan ardientes sentimientos ; pero perdonadme si en un dia como éste franquea mi pasion los límites del amor ordinario : mi delirio por la dicha que voi á poseer no puede ser manifestado con las acostumbradas demostraciones de los corazones frios. El dia que va á unirme con la muger mas elevada i mas amable de su sexo es seguramente.

Deteneos, don Lope , le interrumpió Leo-

nor con gravedad; no es mi ánimo deslindar los respectivos meritos de vuestra pasion; tengo que pedir os una gracia que tal vez chocará á vuestro oido.

Los deseos de mi encantadora Leonor no pueden hallar la menor oposicion de parte de su amante, contestó cortésmente Gómez Arias.

Ayer, continuó Leonor, no obstante el ardor de vuestra pasion pedisteis que se diferiese un dia nuestra boda; asi, pues, no podreis negarme un favor de esta especie cuando yo tengo razones particulares para desear que se suspenda todavía por un mes.

¡Cielos! ¿qué decis? ¿un mes! ¿todo un mes!

Si señor, añadió Leonor alterada, un mes, un año, i aun mayor dilacion si las circunstancias lo requieren, es para mi indiferente. Al decir esto salió bruscamente de su cuarto dejando á Gomez Arias en una inesplicable consternacion.

¡Estoi arruinado! gritó despues de un momento de silencio; la forzada indiferencia que

ha aparentado Leonor durante su entrevista, i la cólera é indignación con que se ha retirado, no me permiten dudar de que tiene algunas sospechas de mi; pero ¿he de sucumbir cobardemente á este revés de fortuna despues de haber adoptado tantas i tan crueles medidas para el buen éxito de mis designios? no á fe mia, de ningun modo; quedó entonces por algun tiempo taciturno i pensativo trazando nuevos planes para salir airoso de todos sus apuros.

La osadía i la indiferencia, dijo por último, son los únicos medios que pueden asegurar mi salvacion: nada tengo que temer de Teodora ni de Roque; enviaré avisos al conde de Urefia, i le abriré en parte mi corazón ya que se ha hecho indispensable su cooperación para el cumplimiento de mis deseos.

En su consecuencia procuró tener otra entrevista con Leonor, i la dijo con altivez i resentimiento, « que estaba dispuesto á concederla gustosamente lo que solicitaba, i sin esperar su respuesta salió de su presencia

precipitadamente, si pasó á la habitación de Aguilar á quejarse amargamente de la inesperada mudanza que habia observado en él, así como en su hija Leonora.

Si teneis alguna razon para atacar mi prohibidad, dijo Gomez Arias á don Alonso, hablad claro, i haced que yo pueda confundir al vil calumniador; pero si es capricho ó un tardío arrepentimiento (es decir, que induce á vuestra hija á adoptar esa extraña conducta, que se esplice sin rebozo; Gomez Arias está muy distante de forzar la inclinacion de una muger, si gusta, estará bien pronto libre en todo empeño.

Don Alonso se conmovió al ver tanta generosidad i firmeza de parte de Gomez Arias, i creyó por lo tanto en la aparente sinceridad de sus palabras: el alma noble de Aguilar no podia concebir la posibilidad de que el delito asumiese una semejanza tan perfecta de candor. La desaparicion de Teodora, i las circunstancias que habian acompañado aquel suceso, eran las mas propias para sospechar

que Gomez Arias estuviese implicado en él; mas como no se ofreciese prueba alguna clara de ello, se fué Aguilar con mucho tiento en fallar un negocio tan delicado, i que ofendia altamente el honor de Gomez Arias en el concepto público. Leonor estaba naturalmente mas irritada que su padre, por la perfidia que racelaba en la conducta de su amante, por cuya razon habia pedido que se suspendiese la boda por el espacio de un mes, en cuyo tiempo podría hacer las necesarias investigaciones sobre la materia. Pero Gomez Arias no se descuidó en poner en actividad su ingenio i travesura, porque siendo tan crítica su posicion, era preciso que los remedios participasen del mismo carácter. Continué sus visitas á los Aguilares, aunque no con la misma franqueza como hasta entonces; i al observar el alto grado de estimacion en que era tenido don Antonio de Heiva por don Alonso i su hija, fingió mirar á Leonor con lastimada altivez, en tanto que ella reconvenia agriamente por su naciente pa-

sion por el jóven Leiva, á la que atribuia la desconfianza i frialdad con que trataba á un sincero amante, cual él se protestaba.

Leonor sin embargo continuaba en su mismo propósito, insensible á sus quejas i amargos sarcasmos : su soberbia habia sido ofendida altamente, i estaba resuelta á sostener su punto; ni su sagacidad i penetracion la permitian fiarse incautamente en las dulces palabras i requiebros de un hombre conocido públicamente por sus travesuras galantes.

El irritado don Lope en el entretanto no perdonaba medio alguno para sincerar su conducta i para hacer recaer lo odioso de aquellas discordias en el capricho de los Aguilares : se quejaba constantemente i con la mayor acrimonia de la ingratitud con que habia sido correspondido su afecto, jurando al mismo tiempo vengarse de Leiva, á quien acusaba de la perfidia mas ignoble i criminal.

Estas encontradas sensaciones le mantenian en un contínuo tormento, por lo que deseaba con la mayor ansiedad, que se pre-

sentase una ocasion favorable para distraer á la Corte, i distraerse él mismo de un objeto, en el que era por desgracia el principal interesado. La fortuna quiso favorecer sus deseos presentando acontecimientos tan terribles como inesperados.



UNTA DE ANDALUCIA

Generalife

CAPITULO II.

Noticias de la nueva insurreccion de los moros. Alarmas de Granada; movimiento de tropas al mando de Aguilar. Gomez Arias levanta un cuerpo de voluntarios, independiente de aquel gefe. Entusiasmo general por la buena causa.

Las calles i plazas de Granada estaban ostruidas con la alborotada i confusa muchedumbre; se veian aquí grupos de hombres que hablaban azorados i dando señales inequívocas de sorpresa i temor; allá corrian otros como si estuviera sucediendo alguna grave desgracia. Por todas partes se oia un sordo murmullo; todos querian hablar i nadie escuchaba: la causa de esta agitacion era importante; habian llegado varios espesos anunciando la insurreccion de Sierra-Bermeja, i que el terrible Feri de Benastepar, que

se contaba por muerto, estaba no solo vivo i sano, sino que abundaba en medios para renovar una lucha desesperada, i tenia ya una fuerza considerable para marchar sobre Granada.

El pueblo de Alhaurin, i diferentes lugares inmediatos á Sierra-Bermeja, estaban asimismo sobre las armas, i parecia que la rebelion iba cundiendo rápidamente por todo el pais.

La irritacion de los cristianos por tales noticias se aumentó considerablemente al observar la insolencia de los moros residentes en Granada, que manifestaban en su mismo engreimiento su encubierto ódio al nombre cristiano, refrenado con dificultad por falta de una ocasion favorable para dar su estallido. Dicha ciudad habria sido devorada por el desorden i la confusion, si el conde de Tendilla no se hubiera apresurado á tomar medidas de precaucion para asegurar la pública tranquilidad. Varias partidas de veteranos patrullaban por las calles, en donde el murmu-

llo del descontento i los grupos de la sedición ofrecían mayor peligro.

Se exaltó terriblemente la ira de la Reina con este nuevo ejemplo de turbulencia i obstinación, se publicaron de nuevo sus primeros edictos, no solo contra los auxiliadores é instigadores de los rebeldes, sino tambien contra los que tuviesen la mas mínima relacion con ellos.

Se descubrió así mismo la indignación de don Alonso de Aguilar en sus nobles i varoniles facciones cuando en presencia de la corte cogió el estandarte de la cruz, diciendo con la mayor resolución i entusiasmo: «Por el sacramento signó de esta bandera i por todos los honores de mi casa juro no volver á Granada hasta que esta sacrílega rebelion haya sido destruida de raiz, i hasta que hayan sido castigados egemplarmente los causantes de ella: antes de un mes ha de ser contado en el número de los muertos el Fero de Benas-tepar, ó don Alonso de Aguilar.»

Los nobles sentimientos del guerrero fue-

ron recibidos con aplauso general, i á su consecuencia se dieron las órdenes mas terminantes para que al dia siguiente salieran ácia Sierra Bermeja todas las fuerzas disponibles al mando de Aguilar, de su hijo, del conde de Ureña i de don Antonio de Leiva; se ordenó asi mismo que todas las tropas de Jaen i Castilla estuvieran prontas á marchar bajo la direccion del alcaide de los Donceles i del conde de Cifuentes.

Gomez Arias se aprovechó ansiosamente de la oportunidad que le ofrecian las circunstancias para distinguirse; i halló nuevos títulos para la estimacion i deferencia de su soberana, en la que habia empezado ya á observar un grado de frialdad mui diferente de las bondadosas distinciones con que antes le habia honrado. Aunque su amor propio no dejó de lastimarse momentáneamente al verse excluido del número de los gefes encargados de la expedicion, se alegró en parte por considerar que su reputacion no podria adquirir mucha

gloria si obraba con dependencia de un gefe tan insigne como Aguilar, en cuya gigantesca fama habian de confundirse las mas heróicas hazañas de sus comandantes i subalternos. Se alegró por lo tanto de que sus esfuerzos fueran totalmente libres, i se pronunció mas su ardiente ambicion trazando un plan de operaciones contra una parte del territorio revolucionado, sobre el que no se habian tomado disposiciones generales. I por diez linitas

Presentándose á la Reina i pidiéndola facultad de levantar una division independiente de otro gefe, le fue concedida esta gracia por Isabel, á la que habian agradado siempre los finos modales i galante porte de Gómez Arias. Complacida aquella augusta Soberana de que se hubiese abierto un vasto campo para que pudiera señalar su génio este jóven guerrero, le despidió con una graciosa sonrisa, con la que quedaron totalmente desvanecidas las negras nubes que habian oscurecido anteriormente su frente. Exigia con efecto la justicia que no fuera desechada la

súplica de Gomez Arias, pues cuando la mayor parte de los gefes españoles iban á participar del peligro i de la gloria de una guerra tan honrosa, habria sido una monstruosa inconsistencia dejar en la oscuridad á un militar como don Lope; que era contado en el catálogo de los mas valientes. En su consecuencia, hizo los necesarios preparativos con el ardor propio de su carácter, doblemente estimulado por la ambicion i por el deseo de dejar á Leonor bien convencida de su mérito superior, añadiendo nuevos timbres á su fama sin deberlos á la altiva familia de los Aguilares.

llamó á sus filas á todos los amigos sobre los que tenia alguna influencia, i á los individuos de otras varias familias nobles con las que le unian relaciones particulares. Como que éstos eran voluntarios, cuyo celo por la buena causa, i su ódio ácia los moros habian sido los únicos agentes para tomar las armas, no salieron de Granada con el ejército reglado de don Alonso de Aguilar; pero estuvieron

prontos en breves días para emprender la marcha.

Antes de verificarla don Alonso, se dirigió á la catedral á implorar el auxilio divino en favor de su noble empresa. El arzobispo pronunció un elocuente discurso inculcando á los cristianos sus deberes, i los bienes que debían resultarles de su cumplimiento, prometiéndoles fama i honor á los que sobreviviesen, i la gloria eterna á los que sucumbiesen en defensa de su patria i religion. Se bendijeron entonces las banderas del ejército, i las varias divisiones se encaminaron ácia la puerta de Elvira, por la que debían salir de la ciudad.

La mañana era clara i hermosa; ninguna densa nube desfiguraba el sereno brillo del firmamento, i los rayos del sol reflejaban visiblemente sobre los bruñidos yelmos i brillantes armaduras de los guerretos. Las trompas, clarines i otros bélicos instrumentos, hicieron resonar sus bronceadas voces, con las que los aplausos de la muchedumbre reunida

para presenciarse la salida de los soldados cristianos formaban un eco de alegría i contento. Las murallas de la ciudad estaban cubiertas de espectadores, en tanto que otros mas activos ó más interesados acompañaban al ejército hasta la vega: era con efecto el espectáculo mas espléndido i brillante ver marchar animosamente este ejército acompañado por los mas ardientes votos de sus fieles conciudadanos.

Entre el inmenso gentío que presenciaba aquel espectáculo, cuántas pasiones no se agitaban! cuántos ocultos afectos no se descubrian! i qué sentimientos de gloria no se desplegaban!

La magnífica pompa i la fiera dignidad de la guerra, al mismo tiempo que eleva el alma á acciones heroicas no deja de escitar un correlativo sentimiento de admiracion ácia los que se entregan á todos los sacrificios propios de ella. Mientras que el militar marcha con todo el entusiasmo del valor i de la decision por la carrera de la victoria, ó talvez de

la muerte, ¡cuántos tiernos corazones suspiran i laten fuertemente!

Entre aquella numerosa muchedumbre se veían venerables padres de familia, en cuyos hundidos ojos brillaban todavía algunas chispas de noble fuego, i cuya vacilante máquina recibía nueva energía con la vista del aparato marcial: espresaban con suspiros su dolor por no poder tomar una parte activa en escenas de tanta gloria i peligro, i elevaban sus manos al cielo rogando fervientemente que la conducta de sus hijos en el campo de batalla fuera digna de verdaderos españoles.

Había así mismo afectuosas esposas que contemplaban la marcha del ejército con silenciosa tristeza: sus ojos ahogados en lágrimas estaban fijos en aquella numerosa masa de guerreros, entre la que estaba el objeto más querido de su corazón; en uno de sus brazos se veía dormida alguna inocente criatura, mientras que otra ya de más edad parecía deleitarse con la vista de tan brillante comitiva, mirando con pueril alegría á su ma-

dre i estrañando verla afligida, porque para su incauto corazon no se ofrecia motivo alguno de dolor, i con todo derramaba algunas lágrimas solo por imitacion.

Mas allá se veia una trémula doncella, cuyo puro corazon habia recibido las primeras impresiones del amor, i en cuyo halagado oido habian resonado los apasionados discursos de futura dicha, pero que en medio de estos contrastes hacia los posibles esfuerzos para ocultar su angustia: miraba en el entretanto con agitacion i ansiedad aquellos confusos grupos con la esperanza de divisar á su tierno amante que iba á trocar sus amorosos coloquios por acciones de sangre i horror. ¡Cuántos i cuán varios eran los temores que agitaban su dulce pecho! ¡Tal vez no volverá á verle; acaso se separa de ella para siempre, ó podrá volver triunfante, pero falso á sus votos, i con un corazon altivo que llegue á despreciar á la que tanto ha suspirado por él.

Tampoco escaseaban mugeres de senti-

mientos mas elevados i heróicos, que del mismo modo que Leonor de Aguilar ofrecian sus lágrimas al brillo de la gloria i patriotismo, i que mientras temblaban por la vida del objeto de sus afectos, eran todavia mas idólatras del honor; algunas, cuya pasion recibia una chispa de fuego celestial que las elevaba sobre su clase, i que se gloriaban de ver marchar á sus amantes por el camino de la fama i de la victoria.

Tales i tan animadas escenas son propias generalmente de la salida de un ejército para la guerra: el temor se apodera comunmente del ánimo de las personas mas interesadas en la vida de los que van á hacer este servicio á su patria; pero la esperanza de un feliz resultado dora estas aprensiones con su halagueña ilusion.

El soldado en el entretanto se despide con alegría i confianza de todas sus relaciones sin pensar en que talvez las lágrimas de simpatia i afecto que derraman sus deudos, se convertirán muy pronto en llanto de dolor i desolacion.

-simi hñi sup p adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ
 ~~~~~  
 i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ

i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ

-do i adñvrañ **CAPITULO III.** adñvrañ sup

-adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ

*Disputas de Roque i María Rufa durante su*  
*sde viage para Alhaurin. Historia de esta mu-*

*nger: se ponèn ambos de acuerdo para fu-*

*ngarse con Teodora de la compañía de los*

*moros; su llegada á dicho pueblo de Al-*

*ahaurin. Forzado comedimiento de Cañeri,*

*oti i esmero del renegado con esta amable cau-*

*-otiva.*

P.C. Monumental de la Alhambra y Generali  
 CONSEJERA DE CULTURA

i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ

i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ i adñvrañ

¡Válgame el cielo! exclamó Roque. ¡Oh Ma-

ria! ¡oh Rufa! ya va para una semana que es-

toi contigo, i por vida mia que no puedo creer

todavía lo que estoy viendo. Aquí hai alguna

brujería; hallar á la vieja amiga de mi di-

funta madre que en paz descanse, hallar en-

tre los rebeldes, ¿qué digo, entre los rebeldes?

entre los moros, ¿i hecha una mora verda-

dera á María Rufa, á la que daba yo por

muerta i mui tranquila su alma entre los santos! ya nada voi á estrañar en este mundo.

Tales eran las espresiones que nuestro Roque dirijia á la dama Aboukar mientras que caminaban ácia el pueblo de Alhaurin. La venerable i agria esposa del ex-mayordomo del soberano de la montaña, estaba fastidiada de la impertinente libertad del criado, quien no hacia mas que abochornarla con sus picantes observaciones, de modo que llegó por fin á perder totalmente los estribos hasta el punto de decirle con voz áspera i discordante:  
 »Hombre grosero i mal nacido, refrena tu lengua, i aprende á conducirte como es debido con tus mayores i con quien vale mas que tú.»

Respetable dama, contestó el criado; no trato de modo alguno de disputarte la primera prerrogativa, pues sé con efecto que te adornan algunos treinta años mas que á mi; pero en cuanto á la segunda, soi de opinion mui diferente: luego como si temiese que al guien lo oyese, dijo entredientes i en voz ma

baja, así i he sido siempre un buen cristiano. Maria Rufa suspiró, i dirigió á Roque una mirada de resentimiento é indignacion; pero aunque sintiese vivamente aquella pesada chocarrería, la amistad que habia tenido con la madre del citado Roque, la indujo á tener una extraordinaria condescendencia con él; i algun tanto desarmada su cólera, exclamó: «; Oh Roque! me parece que debieras ya estar escarmentado de tus imprudencias, porque esa maldita propension que tienes de charlar te ha traído al caso crítico en que ahora te hallas; bien pudieras acordarte que por tus insulsas gracias burlescas, te vendió tu amo tan tragicamente.

Mui bien, contestó Roque: es verdad que sufro por haber dicho la verdad; pero me glorío de ello. Cuando reflexiono sobre la cruel injusticia de la conducta de Don Lope, tan repugnante á mi gratitud i caridad, me siento con mas valor i resolucion del que nunca me habia creído capaz. Ahora, pues, añadió acercándose á Rufa, es preciso que me digas

¿cómo has apostatado de nuestra santa religion?  
 ¿Cómo ha sido este cambio cuando tu eras  
 antes la beata mas devota que hubiese en Gra-  
 nada? Es preciso, María Rufa, que te hayan  
 hechizado.

Con efecto, contestó la vieja moviendo  
 sus ojos con patética espresion, tienes razon  
 Roque, me hechizaron de veras.

¿Santa Bárbara! ¿i quién te hizo ese servi-  
 cio?

Un tirano el mas poderoso de todos.

¿Qué tirano? preguntó Roque arrimán-  
 dose á ella i mirando al rededor de sí con rece-  
 lo i desconfianza; ¿que tirano, Rufa?

Observa, Roque, i lo adivinarás.

¿Como, sino me dices su nombre?

El amor, añadió María Rufa, afectando  
 una gran confusion i vergüenza.

Roque prorrumpió en una carcajada de  
 risa tan estrepitosa que paró toda la comitiva.

¿Cielo Santo! ¿como ha podido entrar tal  
 huésped en tan humilde habitacion? El amor  
 eres liado objeto por cierto para que Cupido



pueda ejercer sus travesturas contigo. Ya voi oreyendo que esto ha sido un hechizo; ¿i quién es el feliz mortal que se ha prendado de tus maduros encantos? ¿de donde ha salido ese bendito hombre con gusto tan refinado para apreciar dignamente tu prodigiosa belleza? esa prolongada barba, esa espaciosa boca, esos pitarrosos ojos i arrugada tez, esa caprichosa i elegante naviz que está de continuo haciendo cortesías i tropezando con la barba, esas ásperas i largas trenzas de pelo que si hemos de juzgar de su consistencia indican que tienes la fuerza de Sansón?

No bien habia hecho Roque una pequeña pausa en su arenga para tomar aliento, quando exasperada la vieja hasta lo sumo por la caricatura que iba trazando, levantó con increíble presteza su pesada mano, i dió á Roque un golpe tremendo sobre la oreja que le hizo caer de su pollino al suelo con tanta violencia que se oyó el ruido á gran distancia.

Aqui teneis una prueba convincente de

que no habeis ido errado en lo concerniente á la fuerza de mi cabello.

Desconcertado totalmente Roque con esta inesperada salutacion no pudo articular palabra alguna por mucho tiempo: toda la comitiva se alarmó con la desgracia del castigado burlon i con las enérgicas exclamaciones de la dama Aboukar. A los moros que componian la escolta les cogió una extraordinaria pasion de risa, i aun el renegado á pesar de su ceño habitual no pudo menos de tomar parte en ella.

¿Qué es eso, Roque? preguntó Teodora al ver que se levantaba del suelo con la mayor confusion.

Nada, señora mia, contestó Roque melancolicamente; el cielo nos defienda por que tenemos en nuestra comitiva un diablo encarnado en forma de muger. ¡Oh María Rufa? continuó en tono humilde, ¿qué llama has comunicado á mi pobre cara! Si esta es una muestra de tus fuegos amorosos, extraño como ya no estás reducida á cenizas.

Eso te enseñará, dijo María Rufa algo mas sosegada, á refrenar tu viperina lengua.

Roque observó por algun tiempo un profundo silencio, porque á pesar de la jocosa indiferencia con que aparentaba tratar esta disputa, no estaba de modo alguno satisfecho de las risotadas i estraña algazara que habia causado su aventura. Prevalció sin embargo su curiosidad, i olvidando casi del todo su reciente infortunio se dirigió todavía con cariñosa amistad á la amazona.

Ea Rufa, espero que no tengas rencor alguno contra mi por lo que ha pasado.

De ningun modo, buen Roque, contestó la arrugada vieja; estoi perfectamente satisfecha, i deseo que tambien tu lo estes.

Si, lo estoi como si nada hubiera sucedido, asi pues no hablemos ya de esto, i dime en su vez, sino te desagrada, el origen, los progresos, i final resultado de tu pasion.

; Ahí de mí! replicó la rancia Sibila; fui desgraciada en todo. i dió un profundo suspiro, que fué contestado por Roque simpáti-

camente con un fiero lamento.

Debes consolarte, la dijo, reflexionando que en este mundo pecador se dan frecuentemente casos de igual naturaleza; pero cómo se llama el bárbaro amable, el dulce monstruo, el hechizero, el cruel opresor que escitó los tiernos sentimientos de tu corazón virginal, i te desvió de la verdadera creencia?

¡Como! ¿no conoces á mi marido?

¡Marido! ¿luego hai un marido en la novela! ya no me sorprende cuanto oigo,

Me trata como á un bruto cual es él.

Mucho lo extraño al considerar los medios que posees para imponer respeto i asegurarle la buena conducta del libertino. Pero finalmente ¿cual es el nombre de ese bruto?

Ya podias haberlo adivinado: es Aboukar.

¡Aboukar! ya cesa mi admiración. Oh la dulce criatura con sus hermosos ojos de langosta i con su muy portentosa i venerable trompa que parece á un tomate maduro presentado abierto en un plato de cobre! ¿Con que Aboukar es tu marido?

Si por mi desgracia; habrá unos cinco años que estamos casados.

Virgen Santa ¡qué torpe soi! ; cinco años de casada! ya debiera yo haberlo descubierto antes sin mas que haber visto su trato.

Roque, hijo mio, ¿tienes una alma tierna i compasiva? ¿Eres buen cristiano?

Lo soi completo, aunque humilde pecador; pero esta pregunta tiene poca gracia en la boca de una renegada.

Quiero confiarme á tí, contestó Maria Rufa; soi una muger desgraciada, ¡ojalá que mi arrepentimiento no llegue tarde! ¿Crees tú Roque, que hai verdaderamente un infierno como nos lo pintan?

Mil veces peor todavia de lo que se dice: todos los tormentos que puedas sufrir en la compañia de ..... pero me permitirás que hable de tu marido como se merece?

Como gustes, respondió la amable esposa.

Pues bien, añadió Roque, todos los tormentos que te ha hecho sufrir ese abominable escarabajo, feo é incrédulo villano, son

nada en comparacion de los que vas á padecer cuando tu alma se vea precisada á desprenderse de ese miserable esqueleto, i en verdad que puede tardar poco tiempo. Considera pues que vida vas á llevar en aquellas oscuras regiones, en donde serás eternamente martirizada con la vista i compañia del bribon de tu marido.

Conozco mis errores, i si te los he confiado, ha sido con la idea de escitar tu compasion i no tus reconvenciones.

Pero ya Roque habia tomado un estilo místico, i sin hacer caso de los reparos de la vieja, prosiguió » considera, Rufa, quien sino el diablo pudo tentar á una matrona con mas de medio siglo encima de su alma, sin ningun diente sano en la boca, i casi calva la cabellera á fijar sus apasionados ojos en la muestra mas perfecta de fealdad, i ahinda mais en un moro malandrin: basta esto para que desesperes de tu salvacion; mas no, la Virgen Santa te asistirá. Creo i espero caritativamente que con un curso vigoroso de dura pe-



nitencia i mortificacion alternado uniformemente con el uso continuo de la disciplina, constantes ayunos, devotas oraciones, donativos á los pobres, entre los que debes contarme á mí, i con otros piadosos egercicios, creo firmemente que tu alma pecadora puede ser arrancada del camino de perdición al que ha sido conducida por el infernal Aboukar.

Roque, le interrumpió Maria Rufa melancólicamente, ¿hablas de veras, ó tratas únicamente de chancearte? sea como quieras, mi situacion es tal que debe mover á compasion á todo buen cristiano.

Roque con efecto tenia particular inclinacion á andar en chafalditas aun cuando se tratase de asuntos serios. Perdoname, la dijo, si en mis amonestaciones no puedo comunicar á tu agitado espíritu el consuelo correspondiente al caso actual; pero si me dices cuales son tus proyectos, podré tal vez ayudarte para salir bien de ellos.

Hijo mio, deseo de todo corazón reconciliarme con la iglesia, i así hemos de ver el

modo de escaparnos de estos malditos moros.

Mui bien ; ¿ luego tú estás dispuesta á abandonar tu miserable matrimonio ?

Oh si, Roque ; mi conversion es mui sincera ; tengo tantos motivos para abandonar á ese malvado , á ese hombre bárbaro. Yo , que he sido por tanto tiempo su mas amorosa i dulce compañera , verme ahora pospuesta á una impúdica mora , que no vale la pena de mirarla ! ; Oh infiel Aboukar ! ; hombre ruin ! Si, Roque, deseo reconciliarme con la iglesia lo mas pronto posible.

Aunque Roque no era un gran teólogo, no pudo menos de manifestarse poco satisfecho de la conversion de Rufa al considerar los motivos que la habian suscitado. Sin embargo la idea de huir de los moros le acaloraba demasiado la fantasía , por lo que se determinó á dar aquel paso si podia llevarlo á efecto sin gran riesgo de su preciosa persona, i si su señorita Teodora participaba asi mismo del beneficio de la libertad.

Asi estaba Roque embebido en las mas

dulces ilusiones cuando le sacó de su letargo un áspero sonido á modo de lamentoso chillido que salia de la arrepentida Rufa: los ojos de la vieja dieron terribles señales de irritacion, i sus asquerosas facciones hicieron un diabólico gesto animado por una espantosa imprecacion al ver á su infame marido conducir á su presencia i sin la menor aprension á la moza coquetilla que habia sido la usurpadora de sus afectos.

Ahi va el traidor, grito la maltratada esposa, ¿como he podido yo sufrir á ese bárbaro i no arrancar los ojos á aquella bribona? ¡Oh Roque! he sido una gran pecadora, mas deseo ya de todas veras reconciliarme con la iglesia.

Mui bien, dijo Roque; pero ante todas cosas me has de decir en que fundas tus esperanzas para la fuga: mi ama i yo estamos tan estrechamente acechados que no será facil burlar la vigilancia de nuestros guardias.

Es verdad que por intercesion del renegado se me permite un libre acceso á Teodo-

ra; i aun esta señora es tratada con el mayor respeto; pero al mismo tiempo he reparado que alguno que otro moro está siempre observando todos nuestros movimientos: por otra parte, amiga Rufa, debo yo desengañarte en el caso que pienses fiar á mi valor la egecucion de algun plan desesperado. Yo no trato de reñir ni con un solo moro: mi humildad no me permite ejercitar un oficio para el que no me siento con las necesarias disposiciones, sea por falta de práctica ó de natural inclinacion.

No, hijo, replicó la vieja con una falsa sonrisa; nunca he sido tan tonta que haya fundado la menor esperanza en tu bravura; pero confio que sin ella hallaremos los medios de adelantar nuestros planes. Yo estoi en todos los secretos de los moros, porque me creen demasiado interesada en su causa para dudar de mi fidelidad. Don Alonso de Aguilar se adelanta rápidamente contra el Feri; i si sale bien en su espedicion sobre Sierra Bermeja como es mui probable, Cañerí, Mohabed i

los otros caudillos no podrán hacer frente á tan formidables fuerzas, que se dirigen contra ellos, i nosotros nos aprovecharemos de la confusion para escaparnos; i si así no lo hacemos, corre mucho riesgo que nos lleven á Africa.

— ¡Por vida de Baco! gritó Roque, i eso es todo lo que ha sabido concebir tu astuta mollera? Bravo, espero que tal esfuerzo de la imaginacion no habrá desvirtuado tus facultades físicas. A este tiempo estaban entrando en Alhaurin, en donde ya se hallaba Cañeri con antelacion de dos ó tres dias: hicieron alto á la puerta de una gran casa, que parecia ser la residencia del gefe, segun lo indicaban las guardias que la defendian; i el renegado condujo á Teodora á la habitacion que se la habia destinado. Ya no estaba ésta desgraciada jóven devorada por las frenéticas pasiones que por tanto tiempo habian emponzoñado su pecho; la misma intensidad de su afliccion, i su indignada soberbia se perdian en la lúgubre resignacion i fria apatía.

que habia tomado por divisa. Los grandes golpes que habia sufrido habian desmejorado su belleza, i embotado sus ardientes i generosos sentimientos; pero todavía era amable é interesante. Habia perdido el brillo de una muchacha animada por el calor i la felicidad; pero habia adquirido al mismo tiempo otras gracias i otra clase de amabilidad que procede de los mismos padecimientos.

A pesar, pues, de tantos trabajos conservaba bastantes recuerdos tristes de agostada hermosura para interesar todavía i mantener en igual grado de ardor la pasion que Cañerí habia concebido por ella. El peso del dolor i de la desesperacion que la habia abismado con esta última prueba de la traicion de su amante, habia producido una notable alteracion en su carácter, i le habia comunicado una conformidad casi insensible i amortiguada.

Esta calma, sin embargo, parecia presagiarle alguna terrible calamidad: asi fue que en los dos ó tres primeros dias no se la habia dejado sola un momento, i se habia sepa-

rado cuidadosamente de su alcance todo mortífero instrumento. Los atentos servicios de Roque la reconciliaron en parte con su miserable situacion, pues no deja de ser un gran consuelo cuando uno se halla en el mas profundo abismo de la afliccion tener á su lado una persona interesada, por humilde que sea su estraccion, i por débiles i limitados que sean los medios de que pueda disponer para aliviar su suerte. En medio de sus bárbaros enemigos se la permitia ser servida por un cristiano, i esta circunstancia, aunque insignificante al parecer, comunicaba algun desahogo á su oprimido espíritu. Cañerí se habia abstenido asimismo de importunarla con sus protestas de amor, cuya moderacion procedia de los convenios estipulados con el renegado, de que no usaria de medio alguno violento para grangearse el afecto de Teodora.

Asi pues, Cañerí habia limitado sus obsequios á una estéril manifestacion de respetuosa deferencia, estraña en verdad á su carácter, i adoptada por la necesidad de con-



descender con los deseos del renegado. Este noble empeño de parte de Bermudo era un motivo de la mayor sorpresa para la infeliz jóven, que no sabia cómo conciliar su generosa conducta con la parte tan activa que habia tenido en su última trágica escena; Seria acaso porque Bermudo tratase con estos aparentes buenos oficios asegurarse la presa para sí mismo? ó era un mero sentimiento de compasion que le impelia á tomarse tantos cuidados por ella? ¿podia la piedad celestial abrigarse en aquella tenebrosa morada, en donde habian fijado su residencia las mas furiosas pasiones?

Estos recelos tenian el ánimo de Teodora en un estado de continua agitacion; pero como pasaban los dias, i que el renegado en vez de manifestar la menor muestra de amor parecia cada vez mas respetuoso i comedido, empezaron á disiparse aquellas dudas, i Teodora llegó á persuadirse de que habia oculto algun misterio que ella no sabia desentrañar, i que solo el tiempo podia poner en claro.

En cumplimiento de las ordenes del Feri  
 habia establecido Cañeri su cuartel general  
 en Alhaurin, en donde se iba aumentando  
 diariamente su partido con los moros que  
 concurrían de todas partes á alistarse bajo sus  
 banderas: habia llegado aquel á este punto  
 tres dias antes, segun se ha dicho, habiendo  
 confiado á Bermudo el cuidado de Teodora;  
 porque no podia esperarse que siguiera la  
 marcha con igual presteza.



en un estado  
 que pasaban  
 vez de un  
 parenta cada  
 con exor  
 dorá hoy á  
 algun misterio  
 i que solo el tiempo  
 Tomo III



## CAPITULO IV.

*Orgullo de Cañeri: sus miramientos ácia Teodora, por temor del renegado. Entra éste en el aposento de Teodora i le revela los planes de su pronta libertad. Enagenamiento de esta infeliz muger, por tan halagüeño proyecto. Salida momentánea del renegado á reunirse con el Feri.*

**E**l aire de dignidad é importancia que habia tomado Cañeri con el cambio de su fortuna, le habia puesto estravagantemente ridiculo: figurándose que era ya un Soberano establecido sólidamente en su trono, se entregó sin ningun miramiento á los impulsos de la fantástica vanidad i despótico carácter; así, pues, mientras que se dedicaba aparentemente al servicio de la causa de la independenciam,

ofrecia á su enemigo los medios de apreciar en su justo valor sus verdaderas intenciones.

Luego que hubo llegado Teodora, pasó Cañerí á hacerla una visita; pero segun el convenio con el renegado, limitó sus obsequios á unas frases insulsas de galantería i de fina atencion: se hallaba el renegado de continuo en su presencia; i aunque Cañerí era su superior en el mando, se veia precisado á rendirle aquel tributo de respeto que se debe á los hombres valientes i resueltos. Por otra parte, aunque su pasion por la hermosa cristiana no se habia enfriado, estaba sin embargo su corazon demasiado ocupado en objetos que halagaban altamente su vanidad i soberbia para permitir que los encantos de una cantiva adquiriesen un predominio sobre su despótica dignidad; sus visitas por lo tanto eran mui cortas, i dejaba pronto á Teodora en la tranquila posesion de sus pesares. Ya no se presentaba ésta con señales de tanta angustia ó delirante pasion; sus agudas i prolongadas penas la habian hecho en algun modo insen-

sible al aguijón del dolor: un melancólico é insensible abatimiento é indiferencia sobre su suerte, disputaban alternativamente el dominio de aquel corazón, antes tan fértil en sentimientos de ternura i en todas las virtudes de amabilidad i mérito femenino; pero oh! la situación de la desgraciada Teodora, era á este tiempo mas triste que nunca: ningún rayo de esperanza brillaba en su pecho; entre la oscuridad de que habia sido cubierta su imaginación, no aparecia luz alguna para sacarla de su miseria; ni era la pérdida de la esperanza el enemigo peor de esta virtuosa mujer: habia otro mas poderoso que era la insensibilidad, i ya Teodora estaba sucumbiendo en tan lamentable estado. Parecia que todo conspiraba contra ella; la misma clase de su educación recatada, i la ternura de su edad la privaban de aquellos auxiliares que una mujer de mayor práctica de mundo i de mas años que ella, habria sabido encontrar para combatir los peligros de su posición.

Roque entraba con frecuencia á visitarla;

valiéndose del permiso que le habia concedido Cañerí; las entrevistas con el escudero la distraian de objetos fristes, i le comunicaban algun consuelo las vivas aunque extrañas pinturas que aquel hacia de su suspirada libertad. En la misma noche de su llegada á Albaurin estaba dando á su ama una razon circunstanciada de su conversacion con Maria Rufa cuando se abrió la puerta del aposento, i entró el renegado atrevidamente sin haber pasado ningun recado: su repentina aparicion causó la mayor agitacion i alarma; la intempestiva hora de su visita, i el interés que habia manifestado el renegado por Teodora, indicaban claramente alguna siniestra intencion: no sabia Roque que pensar ni que hacer en tal aprieto; miró á su ama, i notando su alteracion, creció su espanto sin saber atinar la causa; pero no estuvo mucho tiempo en la incertidumbre: Bermudo le hizo señal con el mas torvo ceño de salir de aquel sitio; i como Roque se detuviese á deliberar entre su adhesion á Teodora, i el

miedo de su individuo, indicó el renegado su final determinacion arrojando su mano á la espada; cuyo argumento le convenció de la necesidad de retirarse prontamente.

Viendo Teodora la facilidad con que Bermudo se habia desembarazado de la única persona que parecia interesarse en su suerte, exclamó patéticamente; «oh Roque, no me abandones; esperate, no puedo quedarme sola con este hombre tan terrible.

Roque dirigió una melancólica mirada á su ama; pero otra mui furiosa del renegado hizo en él una impresion mas fuerte que todas las súplicas de Teodora. Es preciso que se vaya», dijo Bermudo resueltamente abriéndole el camino con la mano, cuya señal activó la salida del escudero. Se retiró, pues, i no bien se habia visto Teodora privada de este último aunque frágil amparo, que tomando una fiera dignidad, prorrumpió en las siguientes reconvenciones. » ¿Qué significa este descomedimiento, renegado? ¿han sido tus primeras muestras de consideracion los medios



insidiosos de encubrir las verdaderas intenciones de un pérfido corazón? Vete de aquí, ó daré voces; sí, llamaré á Cañeri, porque por odioso que sea á mis ojos, no puedo mirarle con tanto horror i desprecio como á uno que ha renegado de su fe, que es traidor á su patria, i vil ministro de los placeres de un déspota.

Bermudo oyó estas atrevidas i severas acriminaciones sin interrumpirlas: tranquilo é inmóvil, aguardó que se desvaneciesen los primeros vapores del resentimiento, i por algun tiempo no hizo mas que sonreirse agria i desdeñosamente. Rompió por fin el silencio, i con un tono bajo de voz pero sostenido, la dijo; «¡oh muger! no me resiento de tus denuestos, porque son justos en parte, i los que no lo son te los perdono en consideracion á tu abatido estado i á tus muchos padecimientos.

¡Cuán impropio es i extraño, replicó Teodora, que os dolais de las desgracias á las que habeis contribuido tan activamente! no

os acerqueis, idos, no puedo fiarme de un traidor; debe haber un grande engaño i malicia en tus mismos oficiosos ofrecimientos; vete de aquí, ó...

Calmaos, señora, contestó el renegado con indignada altivez; equivocais seguramente mi carácter; mi corazon no se mueve por amenazas ni temores; aun en los momentos en que está mas predispuesto para la virtud, una sola amenaza es capaz de desterrar para siempre toda inspiracion generosa, i la maldad vuelve de nuevo á su natural predominio: así, pues, no me amenaceis, señora, porque es inaccesible al miedo el hombre que, como yo, tiene cerradas todas las puertas de la felicidad. Tranquilizaos, i no despreciéis con vuestras imprudencias la ocasion que la suerte os depara para sustraeros al destino fatal de que estais amenazada.

Se traslucia en el renegado un aire de fiera i noble compostura al pronunciar aquellas últimas palabras, i Teodora, á pesar de su aprension estuvo inmóvil por algun tiem-

mugeres, i á vos mucho menos que á ninguna de vuestro sexo.

Ella fue inocente i hermosa como vos, igualmente desgraciada, i añadió con agitación, víctima, del mismo modo que vos de Gomez Arias.

¡Cielos! ¿Qué misterio es este? hablar aunque abrumada en la desgracia, con todo tengo deseos de saber hasta qué punto han llegado los delitos del qué ha sido la causa de mi ruina.

Satisfacer vuestros deseos, es una empresa muy difícil; pero tal vez por vuestra misma esperiencia podreis sacar legítimas inferencias de la conducta de ese monstruo para con los demas.

Hermosura, inocencia, juventud é ilimitado afecto no pudieron salvaros de su barbarie; igual ha sido la suerte de las que han tenido, del mismo modo que vos, encantos para cautivar su atencion, i un candoroso i puro corazon para chupar el veneno de su persuasiva lengua. Empero la suerte de la pobre

Anselma ha sobrepujado en horror á las de sus muchas rivales desgraciadas.

Con que la amó, dijo Teodora angustiada, i luego la abandonó como á mí?

La amó, contestó fuertemente Bermudo, con el afecto de uno que hace consistir toda su dicha en el desahogo de su voluptuosa i degenerada pasion; ella le rechazó; prevalecieron los ardidés i la fuerza, i su resultado fue la locura, la desesperacion, i para decirlo de una vez, la muerte. Basta; es inútil referir las circunstancias de esta horrible historia: lo que he dicho, podrá convenceros de la imposibilidad de que yo ofenda á una muger, cuya suerte es tan parecida á la de mi infeliz Anselma. Disipad, pues, vuestras aprensiones, miradme como á vuestra único amigo i protector.

Teodora contempló al renegado con silenciosa admiracion; las protestas de su amante, i su vil abandono la habian hecho desconfiada: su corazon estaba poco dispuesto á creer en

po con los ojos fijos en tierra esperando el desarrollo de los anunciados planes. No pretendo, prosiguió éste, imponeros una implícita confianza; os aconsejo tan solo que lo fieis todo á vuestro juicio i discrecion: habeis ya retratado mi carácter con colores los mas negros i espantosos, i que no son sino demasiado ciertos; debo rectificar sin embargo una impresion errónea que padeceis; es verdad que soi un apóstata, un traidor, i si en el catálogo de los nefandos crímenes hai un nombre mas horrible i aborrecido, lo pretendo; pero que me acuseis de ser esclavo de los placeres de un déspota, no, debeis conocerme mejor. No, repitió con viveza, mis acciones han sido feas, pero no ignobles ni vergonzosas; he apurado la copa del crimen, sí, la he devorado ansiosamente; pero mi paladar ha sido bastante delicado para haber desechado las héces. Si cualquiera otro menos una muger se hubiese atrevido á echarme en cara tal bajeza, habria aumentado el número de los que han sucumbido á este

brazo. Vos sois una muger, una muger desgraciada, única consideracion que puede contener mi indignacion por tal insulto.

¿Qué quieres pues? preguntó Teodora algo mas sosegada con estas esplicaciones.

Haceros un amistoso servicio, i de ningun modo el menor daño; porque yo no declaro la guerra á las mugeres; el desvalido ser que mostró sentimientos de humanidad ácia Bermudo era muger, i el recuerdo de sus virtudes i de su amor preserva á todo su sexo de los efectos de mi rabia.

Teodora quedó pasmada con tan enigmáticas espresiones; no podia reconciliar estos síntomas de nobleza con sus actos anteriores i con su reconocido carácter criminal.

Teodora, volvió á decir el renegado con un aire tan austero que parecia haber adquirido momentáneamente una tinta de dulzura incompatible con su natural carácter, Teodora, soi un hombre culpado; si vivo en este mundo detestado i sin sentir remordimiento alguno, no soi capaz de hacer daño á las

halagüeñas palabras, ni en los mas finos ofrecimientos.

Por fiarse demasiado en ardientes protestas se veia completamente arruinada, i temia por lo tanto que aun en su actual desamparo se estuviera fraguando otra traicion; mas cuando observó la tranquilidad de Bermudo, cuando recordó que nunca le habia oído la menor espresion que diese margen á sospechar de él, se allanó á oír sus preguntas ya que no pudiese evitar sus results. Dicho renegado conoció el estado del corazón de Teodora, i se apresuró á espeler de él toda sombra de recelo.

¿Pensais, la dijo con firmeza, que os engaño? abandonad tal idea, i sabed que si yo intentase haceros el menor daño se perdia el unico objeto de mi vida; fiaos pues en mi interés, ya que no os fieis en mi honor. He venido á haceros un servicio que vá á ser reciproco: No os alarmeis; no extraño yo que os admireis de que pueda haber tanta afinidad entre una muger infeliz i desamparada i un proscrito como yo; pues existe con todo esa



rara anomalía; nos vemos aproximados por los vínculos mas poderosos que pueden unir á una criatura con otra; estamos estrechados por la desgracia causada por el mismo individuo.

Pero apesar de vuestra enemistad ácia el hombre bárbaro é inhumano, replicó Teodora, habeis secundado vigorosamente sus planes; yo bien sé que sino le hubierais ayudado no me hallaria yo en este lugar.

Tal vez no, replicó el renegado conservando una calma inalterable; ¿pero en donde estariais? ¿habeis reflexionado bien en vuestra desvalida situación; en el carácter de vuestro fementido amante? ¡Ah! acordaos de la última escena de su abandono, i juzgad por la conducta que observó entonces, de qué no habria sido capaz tratándose de quitar del paso al desgraciado obstáculo que se oponia á su ambiciosa i criminal carrera.

¡Ese monstruo era capaz de todo! exclamó Teodora con espantosa agitación; porque la relacion de la perfidia de su amante desper-

tó con fiereza las dormidas sensaciones de su corazón.

Os he salvado de sus infernales maquinaciones, añadió el renegado. Mi primera conducta os habrá parecido bárbara; mas la que he observado sucesivamente ha debido borrar de vuestro ánimo esas desagradables impresiones. Si así no fuese, ha llegado el tiempo de que sepais, i de que yo desenvelva las causas que han dirigido todas mis acciones i palabras. Teodora, añadió entonces, con un tono de voz firme pero suave, mis procedimientos han sido misteriosos, pero ya se acabó el encanto. He tratado de aseguraros la libertad, el cariño de vuestros padres, vuestra felicidad, i para mi la venganza.

¡Cielos! exclamó Teodora, explicaos, ¿qué quereis decir? Digo la verdad; sed cauta i confiada, i no han de pasar muchos dias que no os veais libre de la compañía de hombres que aborrezco, i desprecio; dentro de poco volvereis á vuestra propia casa i disfrutareis de todo el consuelo que sabe dar un afectuoso padre

felicidad que dicen es mui grande i que yo no  
 hé conocido.

¿Podrá ser cierto lo que decis? preguntó  
 Teodora con un grito de sorpresa i alegría.  
 ¿Oh Alagraf! ¿sereis pues tan generoso? i no  
 pudiendo contener la viva emocion de su agra-  
 decimiento se postró á sus pies.

Levantaos, señora, levantaos, dijo vehe-  
 mentemente el renegado; esa postura no es  
 propia de vuestro estado, yo no puedo su-  
 frirlo. ¡Pobre, desvalida, inocente criatura!

añadió entonces con tono patético que mani-  
 festaba su sensibilidad á pesar de su fiereza.  
 ¡Pobre infeliz, abandonada muchacha! asi era  
 como ella suplicaba; pero el villano se negó  
 á sus ruegos. Volyió en sí de repente, i con un  
 brusco movimiento levantó del suelo á la llo-  
 rosa Teodora.

Levantaos, porque al veros en esa postu-  
 ra se abrasa mas fieramente mi ánimo i se  
 exalta mi frenética locura. Muger, no soi ge-  
 neroso, i sí justo, aunque algunos frios mor-  
 tales denotá mi justicia el título de crueldad

egoísta; pero nada me importan los hombres ni sus opiniones.

Se detuvo un momento y prosiguió con un tono de mayor calma, ya sabéis, Teódoora, mis intenciones; solo siento que no puedan ser puestas en ejecución tan pronto como quisiera; mas no tardará mucho tiempo; debo ya conservar el infernal carácter que he asumido; i secundar las operaciones del Fero; mi ausencia será lo mas corta posible; pero no temáis violencia alguna de parte de Cañerí. Aquí estáis segura, pues que ese despota Reyercelo sabe que si muere sería la consecuencia de la menor tropelia; es menester sin embargo, ó señora, que observeis el mas profundo silencio sobre estos importantes secretos. Rogue os es fiel; pero su imprudente locuacidad lo malograria todo si llegase á traslucir nuestros planes antes de tiempo. Acordaos de mis advertencias, estad de buen ánimo, mas no descubrais síntomas de repentina i extraordinaria alegría para no despertar las sospechas de Cañerí, quien posee

toda la astucia i desconfianza que es propia de un corazon cobarde, combinado con una despótica voluntad.

A Dios hasta nuestra vista, no os deseo bendiciones porque yo no sé mas que maldecir. Dijo i desapareció de repente.

Estuvo Teodora por algun tiempo sin saber que pensar de aquella escena; el renegado habia reanimado su abatido espíritu, i le habia hecho concebir todavia alguna esperanza; determinó, por lo tanto seguir explicitamente sus instrucciones esperando con ansiedad verse muy pronto libre de su miserable i peligroso estado.



**CAPITULO V.**

*Ventajosas posiciones de los moros, dispuestos á recibir con valor á las tropas de Aguilar. Ataque desesperado i desigual. Prodigios de valor de los cristianos. Su horrorosa derrota. Muerte del héroe don Alonso. Elacion de los rebeldes.*

**I**ban ya cayendo las sombras de la noche cuando Alonso de Aguilar i su valiente ejército llegaron al valle que faldeaba la montaña de Sierra Bermeja. Los rebeldes mandados por el Feri de Benastepar, que ya habian sufrido algun contraste en la llanura, determinaron no empeñar sus fuerzas en campo abierto sino ceñirse al dominio de la montaña, fiando á sus buenas posiciones las ventajas que no podian esperar de su inferioridad.

Habiendo asegurado todas las alturas i pasos de la sierra, vió el Feri con interior complacencia la aproximacion del enemigo: su situacion con efecto no podia ser mejor; la naturaleza habia formado una especie de fortaleza inespugnable en toda la circunferencia de aquella escabrosa montaña; habian sido cortadas grandes masas de peñascos al rededor de la cima, i se estendian por los lados cubriendo aquellos huecos algunos troncos de árboles tan vetustos, que parecian del tiempo de la creacion: tan solo habia una senda que hiciera practicable la subida, pero tan estrecha, empinada i tortuosa que podia ser defendida por un puñado de hombres: habia asi mismo numerosos barrancos que aunque pequeños dificultaban sin embargo la penetracion por ellos; eran las fuentes de varios torrentes que dirigian su curso por las cañadas que formaba el monte.

No dejó de imponer á los cristianos el formidable aspecto que presentaba aquella sierra. Los moros que habian concurrido de



Los países circunvecinos á alistarse en los estandartes del Feri confiando en el próspero giro que habían tomado sus negocios, manifestaban su arrogancia con una prolongada i bárbara griteria, cuyo eco era repetido horrorosamente por las rocas i cavernas de aquellos desiertos.

Alonso de Aguilar vió con la mas viva inquietud las ventajas que podian sacar los rebeldes de su posicion; pero aunque la penetracion á la montaña, coronada como estaba de hombres desesperados, podia considerarse mas bien como un acto de locura que de verdadero valor, pensó sin embargo que seria mas funesta la tardanza en una guerra de esta naturaleza; que cuanto mas dilatase el ataque, mayor seria el numero de enemigos que habria de combatir; i finalmente que sino se apagaba al instante la primera chispa revolucionaria se comunicaria rápidamente á toda la provincia. Ya durante la marcha del ejército desde Granada se habían advertido los mas alarmantes sintomas del espíritu refrac-

tario de los habitantes; de lo que infirió Aguilar que las dificultades en que entonces tropezaba habian de ser incomparablemente mayores por cada dia que pasase sin dar un golpe decisivo.

Asi, pues, aunque convencido del temerario carácter de su empresa, resolvió llevarla á cabo confiando ciegamente en el entusiasmo i valor de sus veteranos, cuyo ódio á los infieles era tan conocido como su bravura i espíritu marcial.

Regido don Alonso por estas ideas reunió al conde de Ureña i á los demas gefes principales i les dijo «tal vez os parecerá desesperada la resolucion que he tomado; pero no nos queda otra alternativa; debemos atacar á los rebeldes en sus fuertes posiciones ó volver á nuestras casas llenos de vergüenza. Determinémonos á dar el asalto inmediatamente; nuestros soldados arden de impaciencia por pelear con esa raza pérfida é ingrata; en su amor á su patria i en el ódio que profesan á sus enemigos fundo yo mis ma-

mayores esperanzas; tengo sin embargo por mas acertado que esperemos hasta que cierre la noche; la oscuridad nos ha de ser mas favorable en la parte pasiva que hemos de desempeñar por algun tiempo; asi los tiros de nuestros enemigos no podran ser acertados con tanto acierto. Ea, pues, valientes compañeros míos, cada uno á su puesto, á que nuestra próxima asamblea se celebre ya entre los aplausos de la victoria.

Aguilar dividió su ejército en tres partes; dió el mando del ala derecha al conde de Ureña, el de la izquierda á don Antonio de Leiva, i se reservó el centro con su bizarro hijo don Pedro para trepar por la subida mas áspera; en donde deberia hallarse naturalmente la fuerza principal de los moros.

Estos tres cuerpos fueron subdivididos de nuevo para que presentando al enemigo una masa menor en reunion fueran menores sus quebrantos. Habiendo recibido los varios comandantes sus respectivas instrucciones, se dió la señal de ataque; se dirigieron las colum-

nasi por diferentes puntos ácia la montaña ha-  
 ciendo resonar el acostumbrado grito de guer-  
 ra, «Santiago, ¡cierra!» «España» que fué  
 repetido de una á otra parte con vivo entu-  
 siasmo i decision. Asi mugió con iracundas  
 -27- Los moros contestaron á esta voz de de-  
 safio con horribles aclamaciones, mirando ya  
 el enemigo que avanzaba como una presa des-  
 tinada al sacrificio, i sobre la que iban á des-  
 fogar prontamente su apetecida venganza. Con-  
 tinuaron los cristianos su primera marcha sin  
 que los enemigos les opusieran el menor tro-  
 pieza por temor de que si desenvolvian antes  
 de tiempo sus recursos pudieran aquellos re-  
 tirarse i privarles de una completa victoria.  
 Empezaron, pues, á subir lentamente por los  
 ásperos i escabrosos pasos del monte; la atro-  
 nadora gritería habia cesado por algun tiem-  
 po, i reinaba en su vez un triste i mortal si-  
 lencio. Cuando ya el Feri de Benastepar juz-  
 gó que el enemigo estaba suficientemente en-  
 redado en sus emboscadas, i que podia él con-  
 tar con un triunfo seguro, dió la señal de

ataque, y toda la montaña resonó simultáneamente con el más espantoso ruido, i algazara. En un momento se vieron las rocas más elevadas desgajarse en innumerables fragmentos, rodar con horrible furia por aquellos precipicios, i recogiendo nueva fuerza en su prolongado curso hacer sucumbir bajo su enorme peso á cuantos soldados se hallaban en el tránsito.

Los aciagos i redoblados gritos desde la cuspide de la sierra se elevaban sobre el espantoso ruido de las enormes masas, i eran capaces de hacer desmayar á los hombres más atrevidos. El primer estupor paralizó por un momento el impulso de los españoles; mas luego su intrepidez les hizo despreciar tan formidables tropiezos á pesar de que la ganada de la muerte hacia sobre ellos horribles estragos. No podia ver Aguilar sin el mayor dolor la destrucción de sus bravos compañeros de armas; i temiendo que una segunda descarga de aquellos proyectiles pudiera desaniimarlos, les arengó con una voz de entu-

«siasmo del modo siguiente: «Adelante esfuerza-  
 «dos campeones, estos rebeldes se han de  
 «cansar de arrojarnos las tremendas rocas,  
 «antes que nosotros de sostenerlas; triunfare-  
 «mos con nuestra constancia; ánimo: ¡ á ellos!»

Aguilar logró efectivamente infundir con su ejemplo en el corazón de aquella gente un grado de frenético valor capaz de superar cuantos obstáculos pudieran oponerseles: así pues continuaron el ataque con el mayor de-  
 nudo i sin interrupción.

Ya se había cerrado la noche con la mas densa é impenetrable oscuridad; la luna se esforzaba en vano en aparecer por el medio de negras nubes, i la escasa luz que presentaban las estrellase era insuficiente para iluminar los objetos distantes: no tenían, pues, los cristianos medio alguno de salvarse de la horrible suerte que les amenazaba: oían sin poderlo evitar el espantoso sonido de las inmensas rocas que se desprendían de su centro, i el aplanamiento que producía su pesada mole que era el de despedazar los obje-